

El A. señala también que la problemática se complica por lo que podemos llamar el concepto de «secularidad» que se maneja en el caso de los institutos seculares (cfr. p. 63). Si la vida religiosa se incluye bajo la común categoría canónica de «vida consagrada» entonces no se alcanza «lo típico de la renuncia religiosa *al mundo*; no es renuncia al mal, sino renuncia a un bien, al bien de gestionar lo temporal» (ibid). En consecuencia, no pueden contemplarse ambos modos de vida conjuntamente. El A. señala otro punto en esta relación entre vida religiosa e institutos seculares: «El n. 22 de *Lineamenta* está dedicado a los institutos seculares. Para caracterizar su peculiaridad, se los relaciona con los institutos religiosos y con el laicado en general, y se afirma que su 'secularidad consagrada (...) se encuentra en una misteriosa confluencia entre las dos corrientes poderosas de la vida cristiana y goza de las riquezas de ambas': esas dos corrientes son la vida religiosa y el laicado. Confieso que esta noción de 'confluencia', este situarse entre 'dos corrientes' —no se dice estados— me resulta un tanto alambicado y considerablemente oscuro. ¿Qué hay en la Iglesia que pueda servir de soporte a esa 'confluencia'? Entre vida religiosa y laicado, ¿hay una zona intermedia en que situar la 'confluencia'? No sé responder afirmativamente» (p. 75). Además, dado que los miembros de los institutos seculares no cambian su condición canónica (c. 711), la vida religiosa perdería su carácter de estado nuevo y original en la Iglesia. De hecho, lo que definen tanto el CIC 83 como los *Lineamenta*, la vida consagrada, «no existe en ninguna parte según la forma definida; existe sólo como instituto religioso o como instituto secular» (p. 64).

Por estas razones, el A. considera que el Sínodo convocado para tratar de la vida religiosa se encuentra ante una opción: «o aceptar que los religiosos sean situados eclesialmente, unos en el grupo

de los clérigos y otros en el de los laicos, o reformar sustancialmente el canon 207 y todo lo que de él se deriva, que es mucho». Propone que esa reforma se haga tomando el modelo del Código de las Iglesias Orientales, en el que no existe «una categoría que unifique institutos seculares e institutos religiosos; cada uno de estos grupos es independiente y recibe un tratamiento canónico independiente» (p. 69).

Hasta aquí lo que consideramos un resumen de la tesis del libro, ampliamente ilustrada y glosada a lo largo de sus páginas.

El tema posee una envergadura de la que no pretendemos aquí ofrecer un análisis detallado, ya que debería partir de un marco eclesiológico englobante. Algo hemos dicho al respecto (cfr. «Confer» 32 [1993] 119-133). En cualquier caso, el A. pone de relieve una serie de cuestiones importantes y no carece de razón en la constatación de los problemas. Ciertamente, muchos podrán no estar de acuerdo en algunas valoraciones coyunturales, o bien en su posición de fondo sobre la naturaleza de la vida religiosa. Pero quizá sea el mejor mérito del libro constituir una llamada de atención acerca de las implicaciones cristológicas y eclesiológicas de la vida religiosa. En este sentido, nos ofrece un texto para considerar atentamente.

J. R. Villar

Pedro LANGA (dir.), *Al servicio de la Unidad*. Homensaje a D. Julián García Hernando en su 50 aniversario de sacerdocio, ed. Sociedad de Educación Atenas, Madrid 1993, 624 pp., 13,5 x 21.

Treinta y cuatro colaboradores, españoles y extranjeros, católicos y de otras confesiones cristianas y religiosas, se han

dado cita para homenajear a quien ha sido y es infatigable impulsor de la causa ecuménica en España, desde su puesto en la Dirección de la Comisión episcopal de Relaciones Interconfesionales de la Conferencia episcopal española: Julián García Hernando. La celebración del aniversario de su ordenación sacerdotal ha sido buen motivo para celebrar algo más que un acontecimiento personal: la historia del ecumenismo en España y, lógicamente fuera, de nuestras fronteras.

Las diversas colaboraciones repasan esta historia al hilo de la vida de uno de sus protagonistas principales (y con él, la de la institución que ha originado: las Misioneras de la Unidad). Al compás de las numerosas páginas del volumen, desfila la bio-bibliografía de D. Julián, los Centros Ecuménicos, las Delegaciones diocesanas de ecumenismo, los Encuentros Interconfesionales de religiosas por él impulsados, las Asambleas del Consejo Mundial de las Iglesias y el Consejo Ecuménico de las Iglesias, etc. Muchas de estas colaboraciones poseen un marcado interés informativo, y son un buen resumen de lo que ha sido la historia del ecumenismo a nivel mundial.

A esto ha de añadirse los siempre útiles «estados de la cuestión» histórico-teológicos que ofrece la tercera parte del volumen. En ellos se recoge la situación actual de los diversos diálogos y confesiones cristianas: la Ortodoxia, el Protestantismo, el Anglicanismo, el Catolicismo, el Diálogo Interreligioso con el Islam, con el Judaísmo, etc. No se ocultan las dificultades, pero tampoco los logros, y resulta constante la visión esperanzada ante el futuro.

El libro supone un momento de reflexión histórica y de mirada hacia lo realizado, como corresponde a su motivación, y ciertamente este «reposamiento» de la tarea ecuménica resulta fecun-

do con vistas al futuro: ponderar los caminos que han sido fértiles, discernir quizá los menos útiles, individuar los obstáculos actuales, etc. Y siempre, con la disposición abierta a los caminos que Dios quiera trazar para su Iglesia: esa es la actitud que seguramente aconsejaría quien es objeto de este bien merecido homenaje.

J. R. Villar

Fernando GUERRERO (ed.), *El Magisterio Pontificio Contemporáneo*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1992, vol. I, 1012 pp; vol. II, 1039 pp., 15 x 23,5.

Se recogen en esta obra los principales Documentos del Magisterio Pontificio emanados durante los cien años que median entre la publicación de la Encíclica *Rerum Novarum* (1891) y nuestros días. Se trata de un siglo de apretado vivir en el que las enseñanzas de los Romanos Pontífices dirigidas a todo el pueblo de Dios han sido notablemente más numerosas que en épocas anteriores. Como escribe el Cardenal Angel Suquía en la presentación, «además tales enseñanzas han versado no sólo sobre problemas doctrinales teológicos o morales, sino que contienen, con frecuencia, directrices muy concretas acerca de la praxis cristiana, en las complejíssimas situaciones familiares, sociales, políticas, económicas en las que se encuentra el hombre actual. Más aún, se puede decir que con los documentos pontificios del último siglo se ha formado un moderno cuerpo doctrinal, teórico y práctico, que constituye el fundamento más seguro y dinámico para orientar toda la vida cristiana. Nadie podrá acusar ya a la Iglesia de no haber hablado e intentado iluminar, desde la